

El papel del padre en el desarrollo del niño: una revisión

Susana MENÉNDEZ ÁLVAREZ-DARDET

Universidad de Sevilla

Resumen

Los cambios sociales y económicos de los últimos tiempos han determinado que los varones dejen de ser espectadores pasivos de la educación de sus hijos, y pasen a compartir con la madre esta responsabilidad. En el presente artículo se realiza una somera revisión bibliográfica sobre el tema, agrupándose la información en tres grandes bloques: las características de la investigación sobre el padre, las diferencias y semejanzas entre padres y madres, y los principales determinantes de la implicación de los varones en las tareas de crianza y educación de sus hijos.

Palabras clave: Padre, madre, crianza y cuidado del niño, diferencias, semejanzas, implicación, determinantes.

Abstract

Social and economics changes in recent years have meant that men cease to be passive spectators of their children's education, and now share this responsibility with the mother. In this article a brief bibliographic revision about the topic is made. Information is grouped in three great sections: characteristics of investigation about father, differences and similarities between fathers and mothers, and the main determinants of the involvement of fathers in childcare.

Key words: Father, mother, childcare, differences, similarities, involvement, determinants.

Desde hace aproximadamente dos décadas, el número de investigaciones que incluyen y consideran al varón a la hora de explorar las variables familiares que, de forma directa o indirecta, inciden en el desarrollo del niño aumenta de forma progresiva. Quizás *el papel del padre* como objeto de estudio sea un

buen ejemplo de cómo la psicología evolutiva en particular, y la ciencia en general son sensibles, desde su dimensión básica, a los cambios sociales y culturales que inciden en las condiciones de vida del ser humano. La entrada de la mujer en el mundo del trabajo y el creciente cambio de actitudes y compor-

tamientos a todos los niveles, son sólo dos de los factores que han determinado el cada vez mayor protagonismo de los varones en la crianza diaria de sus hijos. Este cambio no podía permanecer ajeno al interés de la psicología evolutiva, disciplina clásicamente ocupada, entre otras cosas, de la familia como escenario primario y fundamental de desarrollo.

El presente artículo pretende realizar una revisión de los conocimientos que estos años de investigación han aportado. Quizás la primera puntualización que convenga hacer sea el carácter relativista de esta información: los datos aportados *no son*, en ningún caso, *directamente generalizables a la población española* pues provienen, de forma casi exclusiva, de investigaciones hechas con muestras procedentes de población anglosajona (principalmente sujetos de EE.UU., Canadá y Australia). No obstante, este conjunto de datos puede ser un buen marco de referencia que nos permita, siempre de forma relativa, hacernos una idea de qué ocurre dentro de las familias en relación con las pautas de educación y crianza. ¿Son los padres igual de capaces que las madres a la hora de enfrentarse a la tarea de cuidar y educar a un hijo? ¿Se comportan, no obstante, igual que ellas? ¿Cómo se sienten ante su papel de padres? ¿Existen variables que determinan, en mayor o menor medida, el grado de implicación paterna?, y si existen ¿cuáles son? ¿Cuál es la posible influencia del hijo en el tipo de rol que despliegan madres y padres?

Comenzaremos con algunos comentarios sobre las características de la investigación sobre este tema, así como su evolución y estado actual. Continuaremos con un análisis del que probable-

mente ha sido el tópico más frecuente en los estudios sobre el padre: las diferencias frente a las semejanzas entre éste y la madre. Centraremos más tarde nuestra atención en los determinantes más frecuentemente relacionados con la mayor o menor implicación paterna en las tareas rutinarias de cuidado de los hijos. En cada caso intentaremos, además de aportar datos, integrarlos e interpretarlos, y finalizaremos con una breve conclusión sobre toda la información.

La investigación sobre el padre

Hasta hace aproximadamente dos décadas el padre ha sido el protagonista olvidado por parte de la Psicología a la hora de explorar los contextos en los que el niño se desarrolla. Este olvido ha estado motivado fundamentalmente por la primacía atribuida de forma clásica a la relación madre-hijo, suponiéndose para el varón un papel secundario en el desarrollo o, en el mejor de los casos, una influencia relevante sólo a partir de los 6-7 años de vida del niño (Palkovitz, 1984; Parke, Power, Tinsley y Hymel, 1981). Hasta mediados de los años setenta, las escasas investigaciones que incluían a los varones dentro de sus muestras obtenían la información referente a ellos sobre la base de informes verbales dados por los niños y/o las madres, sin estar en la mayoría de los casos el padre presente (Bronstein, 1984; Radin, 1981).

Al igual que este tipo de presunciones culturales han determinado una visión devaluada del varón como padre, los cambios culturales de las últimas dos décadas han provocado el redescubrimiento de este tópico de estudio, dando lugar a un renovado y creciente interés por los pa-

dres (Lamb, 1981; 1986). No obstante, el carácter relativamente nuevo de dichos estudios determina que la investigación sobre el tema no escape de fallos y lagunas importantes. Existen pocos estudios de corte longitudinal (Belsky, 1984; Radin, 1981), y las comparaciones transculturales son prácticamente nulas (Bronstein, 1984). Estamos con Radin (1981) a la hora de cuestionar además la representatividad de muchas muestras, que generalizan excesivamente los resultados, obtenidos en estudios realizados con sujetos únicamente de raza blanca, nivel socioeconómico medio, y en muchos casos de carácter voluntario y número demasiado bajo. A esto debemos añadir que existen pocas investigaciones centradas en niños mayores, en comparación a las disponibles con bebés o niños de hasta seis o siete años, además de la escasez, antes mencionada, de estudios realizados en España.

Las tendencias de investigación durante los últimos años pueden resumirse en dos. Por un lado, los teóricos se han preocupado de comparar a padres y madres, destacando sus diferencias y semejanzas en diversos ámbitos, así como su impacto diferencial en el desarrollo del niño. Por otra parte, gran número de estudios se han centrado en determinar qué tipo de implicación llevan a cabo los padres, a qué tipo de actividades se dedican. A la hora de cuantificar, bajo el rótulo de *implicación paterna* se han englobado tres aspectos ciertamente relacionados aunque diferentes: la cantidad de tiempo ocupado en interactuar de forma directa con el niño, la cantidad de accesibilidad y disponibilidad que el padre posee para el niño, y finalmente la cantidad de responsabilidad sobre el

cuidado, la crianza y la educación del niño que el padre asume de forma personal, aspecto muy poco tratado en la literatura pero bastante importante a la hora de determinar la implicación de los varones (Bronstein, 1984; Clarke-Stewart, 1978; Lamb, 1986).

La información disponible sobre el tema es por lo tanto abundante pero confusa. Salvo honrosas excepciones -enfoques de autores como Belsky, Lamb, Parke, Power o la pareja Russell- dicha información es aportada de forma puntual y excesivamente concreta, sin encuadrarla en un cuerpo lógico de ideas que intenten dar cierto sentido a los datos. Hoy por hoy carecemos de este tipo de marco de referencia.

Por otro lado, y de nuevo salvo algunas excepciones (Field, 1978; Frodi, Lamb, Hwang y Frodi, 1983) las conclusiones provienen de investigaciones en las que la madre siempre funciona como la cuidadora principal del niño. Esto no permite determinar con certeza si las diferencias encontradas se deben al hecho de ser padre o madre, o más bien son el resultado de desempeñar el papel de cuidador primario y tener, por lo tanto, más contacto con el hijo y en consecuencia conocerle mejor.

Afortunadamente las tendencias actuales permiten cierto optimismo. A nivel teórico, es ya ampliamente reconocida la influencia del padre en el desarrollo del niño (Belsky, Gilstrap y Rovine, 1984; Bridges, Connell y Belsky, 1988; Lamb, 1981; 1986; Lerner y Galambos, 1986; Lewis y Gregory, 1987; Parke *et al.*, 1981; Russell y Russell, 1987). Desde un punto de vista metodológico, el padre es cada vez más abordado de la misma forma que la madre: su número dentro de la mues-

tra es el mismo, al igual que su tratamiento en cuanto a método, instrumentos y análisis. El resultado de estos cambios no puede ser otro que el aumento y la mejora de nuestros conocimientos sobre el tema.

Diferencias y semejanzas entre padres y madres

El volumen de investigaciones en las que se pretende comparar a padres y madres en diferentes conductas es tan voluminoso como controvertido. No obstante los dominios comparados son muchas veces diferentes a pesar de ser abordados como si se tratara de la misma cosa, y por lo tanto los datos no permiten, en algunos casos, establecer pautas generales sobre las que exista un acuerdo generalizado.

No obstante, sí existen conclusiones a las que llegan prácticamente todos los autores. Quizás la más evidente, incluso para el profano, sea la claramente menor implicación de los padres en las tareas de cuidado diario de los niños (Parke *et al.*, 1981; Russell y Russell, 1987). Los varones confiesan tener diariamente algo más de dos horas y media como tiempo teóricamente disponible para estar con sus hijos, ocupando tan sólo un 30% de dicho tiempo en interactuar realmente con ellos, lo cual supone unos 40 ó 50 minutos al día (Ninio y Rinot, 1988). El hecho de que la madre trabaje o no parece ser importante, así los maridos de amas de casa disponen de la tercera parte del tiempo confesado por sus compañeras para ocuparse de sus hijos, traducándose esto en la práctica en una implicación menor en un 20 ó 25% respecto a sus mujeres; aunque si éstas trabajan fuera

del hogar disponibilidad y accesibilidad aumentan en un 33% y un 65% respectivamente (Lamb, 1986). En España, diferentes sondeos estadísticos arrojan una información parecida: los varones cuidan a sus hijos 24 minutos diarios por término medio, frente a la hora de las madres trabajadoras y los 54 minutos de las mujeres sin un trabajo remunerado y dedicadas exclusivamente al cuidado del hogar (Instituto de la Mujer, 1991). La madre asume por lo tanto el cuidado de los hijos de forma prácticamente exclusiva, y tan sólo una de cada diez mujeres comparte esta tarea a partes iguales con su compañero (Instituto de la Mujer, 1988b; 1990). El padre raras veces asume el ocuparse de su hijos como una responsabilidad individual y personal, a realizar en solitario y sin ayudas diarias destacables. Esto tan sólo ocurre en un 1'9% de los casos frente al 84'1% en los que esta responsabilidad recae en la madre y el 9'3% de ocasiones en las que el cuidado es asumido por ambos progenitores más o menos por igual, correspondiendo el 4'7% restante a otros cuidadores, como familiares o una empleada de hogar (Instituto de la Mujer, 1990). La conclusión evidente a la que nos llevan estos datos es clara: la experiencia que los niños tienen diariamente con sus padres es diferente, y existe bastante consistencia a este respecto entre distintos países (Belsky *et al.*, 1984; Instituto de la Mujer, 1991).

Otra diferencia encontrada de forma general por las distintas investigaciones tiene que ver con el tipo de tarea a la que más frecuencia de tiempo se le dedica. Mientras que las madres pasan más el tiempo con los niños ocupadas en actividades de cuidado físico, los padres

parecen sentir una clara preferencia por interactuar de forma lúdica con sus hijos (Bronstein, 1984; Field, 1978; Lamb, 1986), aunque Frodi *et al.* (1983) no encuentran distinciones en este sentido. Estas diferencias se refieren a frecuencias y no a tiempos totales, ya que en este sentido las madres juegan más que los padres con sus hijos: sólo el 19% de los padres frente al 51% de las madres juegan al día más de tres horas con los niños, dedicándose el 41% de los varones a este tipo de tareas una hora o menos (Instituto de la Mujer, 1990). También existen diferencias en el tipo de juego: los varones tienden a desarrollar con sus hijos episodios de interacción con juegos más físicos, idiosincráticos y no predecibles, mientras que las madres prefieren el juego fundamentalmente verbal, convencional y mediado por juguetes (Bridges *et al.*, 1988; Clarke-Stewart, 1978; Parke *et al.*, 1981; Power y Parke, 1986; Rasku-Puttonen, 1986; Russell y Russell, 1987). Por lo tanto el padre, como socializador y pareja de juego, aporta al niño una estimulación cognitiva y social cualitativamente diferente a la de la madre (Bridges *et al.*, 1988).

Aunque el niño desarrolla apego hacia ambos progenitores, parece que hasta el segundo cumpleaños tiene cierta preferencia por la madre. No obstante, al registrar conductas de afiliación social -del tipo mirar, atender, sonreír, mostrarle cosas- parece preferir al padre (Clarke-Stewart, 1978; Belsky, 1979; Parke *et al.*, 1981). Los niños, independientemente de su edad -al menos hasta los seis o siete años-, inician más actividades compartidas con sus padres que con sus madres (Russell y Russell, 1987), aunque el grado de implicación del varón no parece de-

pende de la edad del niño, pues ambos padres dedican más tiempo por término medio -implicándose siempre más las madres- a los niños pequeños (Lamb, 1986), aunque los padres dicen sentirse más cómodos con los niños mayores al conocer más y mejor en qué tipo de actividades deben y pueden ocupar su tiempo con ellos. No obstante Belsky (1979) encuentra que, durante el primer mes de vida, sí se da una diferencia significativa entre la cantidad de implicación del padre y la madre, diferencia relacionada con la edad del niño. También parece que los padres, a diferencia de las madres, interactúan con sus hijos de forma más cálida, desplegando en mayor medida un afecto físico explícito (Russell y Russell, 1987; 1989), de forma que cuando el niño está desolado tiende a buscar a la madre, mientras que prefiere la compañía del padre cuando se siente bien (Bridges *et al.*, 1988; Parke *et al.*, 1981), mostrando cierta preferencia por éste a la hora de compartir actividades de tipo lúdico o que impliquen la demostración de afecto físico (Lamb, 1981; Parke *et al.*, 1981). No obstante, este tipo de preferencia no se encuentra en todos los casos, y llega a concluirse justamente lo contrario (Frodi *et al.*, 1983).

También existen diferencias relativas a las técnicas concretas de socialización conductual y cognitiva. Las madres ejercen un control comportamental más sutil y psicológico (Bronstein, 1984), e insisten más que los padres en el cumplimiento de determinadas reglas, como por ejemplo las relativas a las normas del hogar (Power y Parke, 1986; Russell y Russell, 1987). Por otra parte los padres desempeñan, según algunas opiniones, un papel más impositivo y predominante en el desa-

rollo del rol sexual (Parke *et al.*, 1981), aunque algunos autores matizan esta afirmación, afirmando que los resultados no son demasiado consistentes, y reseñando que lo importante y crucial en este sentido no parece ser la mayor o menor *masculinidad* del padre, sino la calidad de la relación que establece con su hijo, es decir, las características del varón como *padre*, más que como *hombre* (Lamb, 1986).

Otro aspecto diferenciador viene definido por la interacción verbal. Las madres hablan más con sus hijos (Frodi *et al.*, 1983; Rasku-Puttonen, 1986) y, aunque los padres también modifican su estilo lingüístico al dirigirse a los niños - utilizar frases de estructura simple, expresiones de corta longitud, etc.- (Parke *et al.*, 1981), las madres parecen adaptarse en este sentido mejor, sintonizando de forma más ajustada con el niño (Lewis y Gregory, 1987).

También son destacables las diferentes atribuciones realizadas a la hora de estimar las competencias cognitivas del propio hijo (Ninio y Rinot, 1988). Las madres parecen de nuevo estar más a tono con el niño, tanto cuando se trata de su propio hijo como cuando tienen que considerar aspectos más abstractos y generales. A la hora de resolver hipotéticamente un problema relacionado con la educación de los niños, la balanza también se inclina a favor de las madres (Holden, 1988).

Al comparar a padres y madres en la realización de tareas conjuntas y analizar estas ejecuciones desde un punto de vista microgenético, los resultados también muestran diferencias entre los estilos de interacción de padres y madres, diferencias explicables por las distintas

cantidades de conocimiento que ambos tienen de sus hijos, debido a que no pasan con ellos el mismo tiempo. Así, la correlación entre la conducta del padre y el grado de desarrollo del niño es mucho más baja que la de la madre (González y Palacios, 1990; 1992; Palacios, González y Moreno, 1991). Un aspecto en el que existe cierta controversia es el aporte de información a la hora de resolver una tarea compartida. Mientras que según Bronstein (1984) los padres son más directivos en este sentido, Russell y Russell (1982) encuentran justamente lo contrario.

Existe un considerable número de investigaciones que contemplan el sexo de hijo como una posible fuente de diferencias entre el padre y la madre, aunque los resultados de este tipo de abordaje no son del todo concluyentes. Mientras algunos autores detectan preferencia entre ambos padres para interactuar e implicarse más con hijos de su mismo sexo (Belsky, 1979; Lamb, 1986) otros no encuentran diferencias en este sentido, llegando incluso a modificar su opinión al respecto (Belsky *et al.*, 1984). En otras investigaciones se han detectado pautas de interacción diferentes por parte de ambos progenitores en función del sexo de sus hijos, de forma que padres y madres parecen ser más propensos a la hora de desanimar la agresividad y fomentar la conducta prosocial en niñas (Power y Parke, 1986) y a interactuar con ellas de forma más cooperativa y emocional (Rasku-Puttonen, 1986). No obstante, parece que la tendencia a comportarse de forma diferencial en función del sexo del niño es más fuerte en hombres que en mujeres (Rasku-Puttonen, 1986; Russell y Russell,

1982; 1987; 1989). Pero a la hora de concretar esta tendencia volvemos a encontrar desacuerdo. En unos casos los varones parecen comportarse de forma más exigente, con interacciones más instrumentales, orientadas a la tarea y enfatizando frecuentemente el dominio en el caso de los hijos, mientras que con las hijas el trato es más expresivo y menos riguroso y exigente a nivel intelectual (Bronstein, 1984), llegando incluso a detectarse un mayor índice de habla y demandas sobre la tarea con niños en el caso de los padres y con niñas en el de las madres (Radin, 1981). Sin embargo, otros autores encuentran que los varones tienden a hablar menos y dedicarse durante más tiempo a jugar con sus hijos, mientras que con sus hijas interactúan de forma más verbal y menos lúdica (Field, 1978; Palkovitz, 1984). En otros ámbitos de la relación padres-hijos pueden encontrarse controversias similares; en algunas investigaciones los padres informan sentirse más unidos al hijo de igual sexo (Radin, 1981), mientras que en otras las relaciones más cálidas son descritas con el hijos de sexo contrario (Russell y Russell, 1989).

A pesar de todo, existe bastante acuerdo en considerar a padres y madres más parecidos que diferentes (Belsky, 1979; Lamb, 1986; Holden, 1988; Russell y Russell, 1982). Así, existen numerosos ámbitos en los que no se han encontrado diferencias, o bien éstas no han resultado significativas. En muchos casos estos datos van en contra de las opiniones más arraigadas a nivel popular, o bien contradicen las expectativas iniciales de los investigadores. Efectivamente, los padres no son más restrictivos, punitivos y dominantes con sus hijos en comparación

con las madres (Bronstein, 1984). Tampoco están «menos dotados» que sus compañeras para cuidar bebés: Parke y sus colaboradores (1981) informan de un estudio en el que se registraron conductas del tipo besar, mirar, coger, estar pendiente, etc., no encontrándose diferencias significativas entre padres y madres.

Aunque, como comentábamos más arriba, la cantidad de interacción que un niño comparte diariamente con sus progenitores es claramente diferente, no puede decirse lo mismo de la calidad de dicha interacción (Clarke-Stewart, 1978; Dickstein y Parke, 1988): padres y madres son igual de responsivos y efectivos, muestran idéntica inquietud por sus hijos, y el afecto que sienten, por ellos es el mismo. Por su parte el niño desarrolla apego hacia sus dos padres, y usa como referentes sociales ante situaciones extrañas al padre y la madre indistintamente (Clarke-Stewart, 1978; Dickstein y Parke, 1988) aunque no necesariamente en la misma medida (Frodi *et al.*, 1983). El apego hacia ambos progenitores está relacionado de forma interdependiente (Fox, Kimmerly y Schafer, 1991).

Al crecer el niño, tanto las madres como los padres modifican su patrón de comportamientos hacia sus hijos en el mismo sentido, de forma que en ambos disminuyen las conductas de cuidado físico y expresión de afecto, a la vez que aumentan las de responsividad y estimulación (Belsky *et al.*, 1984; Lamb, 1986). Como mencionábamos antes, tanto el padre como la madre modifican su habla al dirigirse al niño, haciendo ésta más inteligible mediante el uso de frases cortas, expresiones sencillas, etc. (Parke *et al.*, 1981).

En el ámbito de las creencias e ideas de los padres sobre el desarrollo y la

educación de los niños, no se han hallado diferencias ligadas al sexo (Moreno, 1991; Palacios, 1987a; 1987b; Palacios *et al.*, 1991; Russell y Russell, 1982). Estos hallazgos permiten explicar las similares predicciones y estimaciones que ambos padres realizan sobre las ejecuciones lingüísticas de sus hijos, sobreestimando su nivel de desarrollo en este sentido (Hiebert y Adams, 1987). Estos resultados contradicen en parte los de Ninio y Rinot (1988), referentes a la estimación de las competencias cognitivas de los niños, probablemente porque estos últimos logros son menos evidentes, y requieren para su percepción ajustada más contacto con el hijo, hecho que favorece a las madres, mientras que el desarrollo del habla implica habilidades más visibles y notorias, que no necesitan en principio de una interpretación basada en las claves y pautas «finas» que aporta el mayor contacto cotidiano con el niño.

En conjunto, de todas las lecturas que pueden hacerse de lo anterior, a nuestro juicio la mejor consiste en diferenciar entre competencia y ejecución (Belsky, 1984; Clarke Stewart, 1978; Dickstein y Parke, 1988; Lamb, 1986; Parke *et al.*, 1981). La capacidad potencial de hombres y mujeres para ocuparse de forma efectiva de los niños es, por término medio, exactamente la misma. Las madres, no obstante, practican más las estrategias concretas que, por otro lado, aprenden desde pequeñas por distintas vías -imitación, publicidad, juegos y juguetes, etc.- aprendizaje que contribuye a clarificar qué es lo que socialmente se espera de ellas en su papel de madres. Los varones suelen carecer de este tipo de conocimiento, normalmente no está demasiado claro

que se espera socialmente de ellos como *padres*, y se sienten poco competentes en este sentido. Esta falta de autoconfianza determina, entre otras cosas, que los padres dejen la responsabilidad de la crianza y la educación a las madres, que siguen así ejercitando y perfeccionando sus estrategias mientras que el padre continúa sin actualizar sus potencialidades; se crea así un círculo vicioso en el que la diferencia en ejecución tiende a acentuarse. No obstante, este proceso no es ni mucho menos irreversible (Lamb, 1986), y varones poco implicados en la educación de sus hijos que se han visto, por diferentes motivos, en la tesitura de enfrentarse a esta tarea, han mejorado su ejecución con la práctica diaria, aumentando así su autoconfianza e implicándose aún más, invirtiendo de esta forma el sentido del círculo vicioso al que antes aludimos. A pesar de todo, la influencia de la socialización tipificada sexualmente parece ser menos dócil ante cambios sociales parciales en este sentido, de forma que las diferencias entre hombres y mujeres pueden llegar a permanecer -aunque disminuyan- frente a distintas medidas sociales y económicas explícitas que intenten favorecer, al menos en principio, la igualdad a la hora de enfrentarse a la paternidad, probablemente porque la socialización, como producto y como proceso, es más compleja de lo a primera vista puede parecer (Frodi *et al.*, 1983).

Los determinantes de la implicación del padre

El esclarecimiento de los diferentes factores que, directa o indirectamente, influyen en el funcionamiento de los

varones como padres es otro de los tópicos de la investigación. Belsky (1984), en un interesante artículo centrado exclusivamente en este tema, establece un cuadro explicativo que integra los diferentes determinantes de la implicación paterna dentro de distintos grupos (ver figura 1). Aunque el diagrama representado no es exhaustivo -al menos a nuestro juicio- sí nos parece bastante completo y, sobre todo, resultado de un esfuerzo por integrar y explicar la información absolutamente loable y por desgracia escaso. Nos basaremos en el modelo de Belsky para exponer los hallazgos de las distintas investigaciones.

Dentro de la *historia evolutiva* de los varones, distintos autores han encontrado varios factores que parecen influir en su mayor o menor implicación. La experiencia previa con niños (Holden, 1988) parece favorecer el que los padres se ocupen más y mejor de sus hijos. Por otra parte, las experiencias personales en

general también influyen, especialmente los recuerdos de la relación mantenida con el propio padre (Cordell *et al.*, 1980), de forma que los sujetos que dicen proceder de familias en las que sus padres se ocupaban mucho de ellos o bien todo lo contrario, tienden a ser más tarde padres fuertemente implicados en la educación y el cuidado de sus hijos (Belsky, 1984).

De las *características del niño*, una de la más estudiadas ha sido el temperamento (Belsky, 1984), de forma que aunque el carácter del niño por sí sólo no determina de forma única el estilo parental, sí es importante a la hora de facilitar el mantenimiento de una buena relación entre el padre y el niño. Como antes se expuso, también el sexo del niño se ha considerado un factor importante en este sentido.

Los determinantes más claros provienen del conjunto de apoyos contextuales percibidos y/o recibidos desde distintas fuentes. En lo referente a la *red social*,

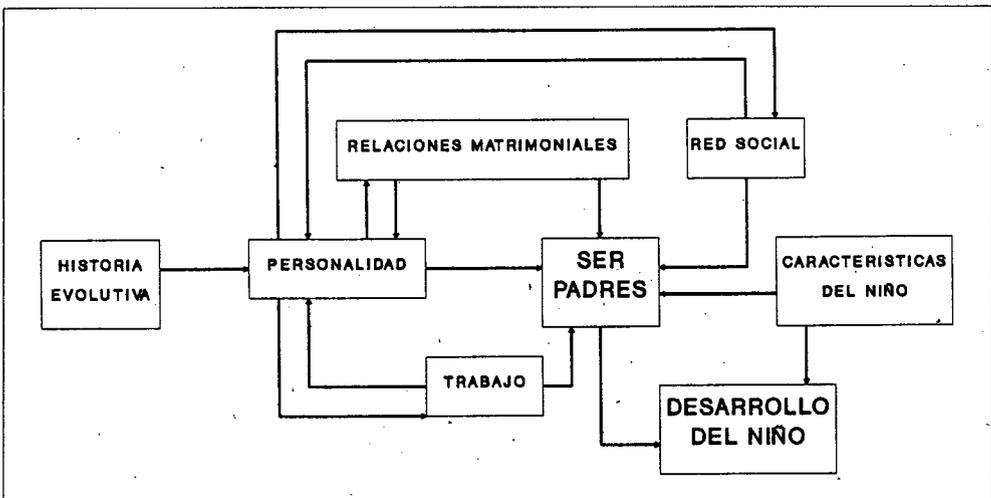


Figura 1. Determinantes que influyen en el funcionamiento de los varones como padres. (Tomado de Belsky, 1984).

parece que en general correlaciona negativamente con la tendencia a comportarse con el niño de forma restrictiva y punitiva (Belsky, 1984). El *estatus profesional* influye de forma indirecta (Belsky, 1984). Así, el hecho de que la madre trabaje de forma remunerada fuera del hogar favorece que ella y su marido repartan las tareas de crianza de forma más equitativa, en comparación con las familias en las que la madre se dedica únicamente a las labores del hogar (Instituto de la Mujer, 1988b; 1990; Lerner y Galambos, 1986). Los ingresos mensuales también están relacionados con el reparto equitativo de la educación de los hijos, así como el nivel educativo de ambos padres (Instituto de la Mujer, 1990; Rasku-Puttonen, 1986). Por su parte, la *relación con la pareja* y sobre todo el apoyo recibido de ésta es ampliamente reconocido como uno de los determinantes más potentes de una implicación fuerte de los varones (Belsky, 1984; Dickstein y Parke, 1980; Instituto de la Mujer, 1988a; Lamb, 1986; Palkovitz, 1984). Algunos autores llegan a considerarlo como el determinante principal (Belsky, 1984; Belsky *et al.*, 1984), aunque parece que influye en los padres más que en las madres (Belsky *et al.*, 1984; Dickstein y Parke, 1980), a pesar de esto, Lerner y Galambos (1986) encuentran que las madres más satisfechas con su papel son aquellas que perciben más apoyo por parte de su pareja.

Decíamos antes que el modelo de Belsky no nos parecía exhaustivo. De hecho faltan en él un conjunto de determinantes, al que podríamos llamar el *sistema de creencias* de los sujetos, constructo al que se refieren distintos autores. Así, el complejo de ideas, expec-

tativas y valores atribuidos a la paternidad, tanto a nivel teórico como referidas a uno mismo, el grado en que se sienten competentes como padres, hasta qué punto se ven diferentes a las madres a la hora de cuidar y educar a un niño, la actitud de las mujeres, y otros sistemas de ideas determinan, en mayor o en menor medida, el grado en el que los varones se sienten protagonistas en el escenario evolutivo de sus hijos y competentes para representar su papel de padres (Cordell *et al.*, 1980; Frodi *et al.*, 1983; Instituto de la Mujer, 1988a; Lamb, 1986; Moreno, 1991; Ninio y Rinott, 1988). Finalmente, la edad de los sujetos también parece importante (Instituto de la Mujer, 1988b), de forma que la implicación aumenta en parejas jóvenes.

Lamb (1986), engloba los diferentes determinantes en cuatro grupos: el grado de motivación, el apoyo de la pareja, aspectos institucionales, fundamentalmente relacionados con el trabajo, y finalmente la disponibilidad de estrategias, autoconfianza y sensibilidad. En una interesantísima argumentación, concluye que una fuerte implicación por parte de los varones no siempre resulta beneficiosa para el niño; sus efectos van a depender de las actitudes y valores del padre, del motivo de su implicación y del grado de voluntariedad con el que reparte de forma equitativa el cuidado del hijo con la madre. Destaca también este autor las recientes investigaciones que se han centrado en estudiar las características diferenciadoras de hijos cuyos padres estaban muy implicados en su educación, investigaciones que arrojan resultados muy consistentes. Así -y siempre que exista voluntariedad- los niños que crecen en este tipo de familias tienden a

tener una mayor competencia cognitiva, creencias poco estereotipadas sexualmente y un *locus* de control más interno. La causa parece evidente: estos niños reciben una estimulación más rica y variada y ambos padres se sienten mejor, con lo cual el ambiente familiar se hace más cálido y las relaciones más positivas. A pesar de la evidente lógica de todo lo anterior, este tipo de datos no se encuentran en todos los casos (Frodi *et al.*, 1983).

Conclusión

A pesar de que la presente revisión no es ni mucho menos exhaustiva, pensamos que sí permite realizar una primera aproximación al papel del padre como tema de investigación. Las características de este campo de estudio, a las que hacíamos referencia al comienzo de este artículo quedan, o al menos así lo esperamos, demostradas y ejemplificadas.

Insistimos en la necesidad de nuevos estudios sobre el tema, especialmente en España. Aunque efectivamente las distintas investigaciones han aportado bastante conocimiento sobre el tema, aún existen lagunas por llenar y controversias por aclarar, especialmente desde abordajes longitudinales y globales, que tengan en cuenta diferentes aspectos del tema y no se limiten a reseñar diferencias entre padres y madres. La familia es hoy entendida como un sistema complejo, en el que sus distintas partes interactúan de forma dinámica, y detectar sólo una parte de su funcionamiento en un momento concreto y sin contemplar la globalidad, sólo puede conducir a un conocimiento parcial y sesgado, que en muchos casos no tiene demasiado que ver con la realidad. La enorme importancia que para el

desarrollo de un niño tienen los procesos intrafamiliares justifica plenamente este tipo de abordajes, aunque ciertamente entrañen complejidad. Entendemos que este es un interesante reto para la psicología evolutiva.

Referencias

- BELSKY, J. (1979). Mother-father-infant interaction: a naturalistic observational study. *Developmental Psychology*, 15, 601-607.
- BELSKY, J. (1984). The determinants of parenting: a process model. *Child Development*, 55, 83-96.
- BELSKY, J.; GILSTRAP, B. y ROVINE, M. (1984). The Pennsylvania Infant and Family Development Project I: Stability and change in mother-infant and father-infant interaction in a family setting at one, three and nine months. *Child Development*, 55, 692-705.
- BRIDGES, L.J.; CONNELL, J.P. y BELSKY, J. (1988). Similarities and differences in infant-mother and infant-father interaction in the strange situation: a component process analysis. *Developmental Psychology*, 24, 92-100.
- BRONSTEIN, P. (1984). Differences in mothers' and fathers' behaviors toward children: a cross-cultural comparison. *Developmental Psychology*, 6, 995-1003.
- CLARKE-STEWART, K.A. (1978). And daddy makes three: the father's impact on mother and young child. *Child Development*, 49, 466-478.
- CORDELL, A.S.; PARKE, R.D. y SAVIN, D.B. (1980). Father's views on fatherhood with special reference to

- infancy. *Family Relations*, 29, 331-338.
- DICKSTEIN, S. y PARKE, R.D. (1988). Social referencing in infancy: a glance at fathers and marriage. *Child Development*, 59, 506-511.
- FIELD, T. (1978). Interaction behaviors of primary versus secondary caretakers fathers. *Developmental Psychology*, 14, 183-184.
- FOX, N.A.; KIMMERLY, N.L. y SCHAFER, W.D. (1991). Attachment to mother/attachment to father: a meta-analysis. *Child Development*, 62, 210-225.
- FRODI, A.M.; LAMB, M.E.; HWANG, C.P. y FRODI, M. (1983). Father-mother-infant interaction in traditional and nontraditional swedish families: a longitudinal study. *Alternative Lifestyles*, 5, 142-163.
- GONZALEZ, M.M. y PALACIOS, J. (1990). La zona de desarrollo próximo como tarea de construcción. *Infancia y Aprendizaje*, 51-52, 99-122.
- GONZALEZ, M.M. y PALACIOS, J. (1992). Interacció educativa adult-infant en l'àmbit familiar. Nivells d'anàlisi i nivells de significació. *Temps d'Educació*, 7, 89-115.
- HIEBERT, H.E. y ADAMS, C.S. (1987). Fathers' and mothers' perceptions of their preschool children's emergent literacy. *Journal of Experimental Child Psychology*, 44, 25-37.
- HOLDEN, G.W. (1988). Adults' thinking about a child-rearing problem: effects of experience, parental status and gender. *Child Development*, 59, 1.623-1.632.
- INSTITUTO DE LA MUJER (1988a). *Los hombres españoles*. Madrid: Instituto de la Mujer.
- INSTITUTO DE LA MUJER (1988b). *La mujer en cifras*. Madrid: Instituto de la Mujer.
- INSTITUTO DE LA MUJER (1990). *Expectativas femeninas sobre redes de cuidado de los hijos*. Madrid: Instituto de la Mujer.
- INSTITUTO DE LA MUJER (1991). *La mujer en cifras*. Madrid: Instituto de la Mujer.
- LAMB, M.E. (1981). Fathers and child development: an integrative overview. En M.E. Lamb (Ed.). *The role of the father in child development*. Nueva York: Wiley.
- LAMB, M.E. (1986). The changing roles of fathers. En M.E. Lamb (Ed.). *The father's role: applied perspectives*. Nueva York: Wiley.
- LERNER, J.V. y GALAMBOS, N.L. (1986). Child development and family change: the influence of maternal employment in infants and toddlers. *Advances in Infancy Research*, 4, 40-87.
- LEWIS, CH. y GREGORY, S. (1987). Parents' talk to their infants: the importance of context. *First Language*, 7, 201-216.
- MORENO, C. (1991). *Las ideas evolutivo-educativas de los padres: un análisis longitudinal y trasgeneracional*. Tesis doctoral no publicada. Universidad de Sevilla.
- NINNIO, A. y RINOTT, N. (1988). Father's involvement in the care of their infants and their attributions of cognitive competence to infants. *Child Development*, 59, 652-663.
- PALACIOS, J. (1987). Contenidos, estructuras y determinantes de las ideas evolutivo-educativas de los padres. Una investigación empírica. *Infancia y Aprendizaje*, 39-40, 113-136.

- PALACIOS, J. (1991). Parents' ideas about children and parent-child interaction. *XIth Biennial Meetings of the ISSBD*, Minneapolis.
- PALACIOS, J.; GONZÁLEZ, M.M. y MORENO, C. (1987). Ideas, interacción, ambiente educativo y desarrollo: informe preliminar. *Infancia y Aprendizaje*, 39-40, 159-169.
- PALACIOS, J.; GONZÁLEZ, M.M. y MORENO, C. (1991). Ideas, interacción, vida cotidiana y desarrollo. *Monografía n.º 3. La Psicología hoy: algunos campos de actuación*. Sevilla: UNED.
- PALKOVITZ, R. (1984). Parental attitudes and fathers' interactions with their 5-months-old infants. *Developmental Psychology*, 6, 1.054-1.060.
- PARKE, R.D.; POWER, T.G.; TINSLEY, B. R. y HYMEL, S. (1981). El papel del padre en el desarrollo del niño. *Infancia y Aprendizaje*, 15, 38-51.
- PEERY, J.C.; JENSEN, L. y ADAMS, G.R. (1985). The relationship between parents' attitudes toward child rearing and the sociometric status of their preschool children. *The Journal of Psychology*, 119, 567-574.
- POWER, T.G. y PARKE, R.D. (1986). Patterns of early socialization: mother- and father-infant interaction in the home. *International Journal of Behavioral Development*, 9, 331-341.
- RADIN, N. (1981). The role of the father in cognitive, academic and intellectual development. En M.E. Lamb (Ed.). *The role of the father in child development*. Nueva York: Wiley.
- RASKU-PUTTONEN, H. (1986). Parent-child communication as a function of paternal education, sex of parent and child and situational factors. *Family, experience and the development of the individual, ISSBD, 2nd European Conference on Developmental Psychology*, Roma.
- RUSSELL, A. y RUSSELL, G. (1982). Mother, father and child beliefs about child development. *The Journal of Psychology*, 110, 297-306.
- RUSSELL, A. y RUSSELL, G. (1989). Warmth in mother-child and father-child relationships in middle childhood. *British Journal of Developmental Psychology*, 7, 219-235.
- RUSSELL, G. y RUSSELL, A. (1987). Mother-child and father-child relationships in middle childhood. *Child Development*, 58, 1.573-1.585.